

La música: un canal flexible y adaptable a situaciones de emergencia

Ponencia presentada en el encuentro **Educación en Emergencia** del
Global Education and Skills Forum, en Dubai.

Por: Ron Davis Alvarez

Quiero aprovechar dos minutos para que todos digan *hello* en su propio idioma... ¡Sí, así mismo! A la cuenta de tres decimos *hello* en nuestra propia lengua. Van a mantener el tono hasta que yo lo corte.

Todos 1, 2, 3: *Hellooooo...*

Muy bien. Vamos a agregar algunos ingredientes: sin importar idioma, religión, edad, de dónde venimos o en cuál situación nos encontremos, vamos a sumarle energía, pasión, amor, actitud, y disciplina; me refiero a la estructura, que todos iniciemos juntos y terminemos juntos. Trabajemos en equipo para construir nuestro saludo.

Usemos nuestra creatividad. Logremos que suene como el inicio de una sinfonía o como el sonido de la película que más les gusta. Imaginemos que con este *hello*, aunque no esté afinado, vamos a mejorar el mundo, vamos a transformar la vida de la persona de al lado, enfrente o detrás. No lo pensemos mucho. No importa qué no sepamos por qué hoy cantamos juntos. Solo cantemos este *hello* con el corazón.

Esto es lo que yo les enseño a mis alumnos. Lo importante no es que suenen afinados, lo importante es que se sientan conectados con lo que están haciendo. Para mí la música no es el sonido de un instrumento, es el sonido que producen los latidos de tu corazón.

Ok, respira, piensa, y pon tu mejor energía en este acorde:

1, 2, 3, *Hello...* ¡Bravo!

Así empezó mi vida. Circunstancias, necesidades o emergencias hicieron de mi familia una familia fuerte, que fue buscando soluciones para salir de la pobreza y de las dificultades como las que viven muchas personas en Venezuela.

Nací en Caracas, actualmente la segunda ciudad más peligrosa del mundo. Los índices de criminalidad y violencia, de pobreza, de corrupción, de escasez de alimentos y medicina son muy altos -y esto no lo digo con orgullo-.

Tras la desaparición de un tío, hace unos años en el barrio en donde nací -los barrio son parecidos a las favelas en Brasil, un área en donde el ocio se puede convertir en tu peor enemigo-, mi abuela, mi tía y mi mamá, ejemplo común de una familia venezolana, donde se crece solo con la madre, buscaron la manera de luchar y sacarnos hacia adelante. Soy el tercero de cuatro hermanos: dos hermanos y una hermana que fue criada por nosotros, porque la abandonaron un día en nuestra casa -esto es muy común: uno no tiene mucho con que comer, pero siempre hay puesto para uno más-.

Por no tener vivienda propia, nos mudábamos constantemente. Al final, terminamos en un pueblo a las afueras de Caracas, en donde mi abuela abrió una bodega dentro de su casa. Yo, mientras estudiaba, a los 7 años, la ayudaba a vender chupis -un helado hecho en casa-. Mientras vendía helados escuché por primera vez de Beethoven, Tchaikovsky y Mozart.

Frente a la casa de mi abuela estaba una escuela de música que forma parte del programa de orquestas y coros más importantes del movimiento musical mundial, que en la actualidad inspira a más de 65 países, y atiende a casi un millón de niños y jóvenes en Venezuela. El programa que utiliza la música como herramienta de integración social fue creado por el economista y músico venezolano José Antonio Abreu, hace 42 años, quien, además de ser mi mentor, se ha convertido en mi mayor inspiración.

Este programa se llama El Sistema. Sí, The System. Ahí no solo comencé a estudiar música a los 10 años, sino que a los 14 ya estaba dando clase. Parte de la filosofía de este programa es la práctica y la enseñanza colectiva de la música para desarrollar comunidades y alejar a los niños de la delincuencia y de los vicios que hoy en Venezuela, o el mundo, se convierten en nuestra emergencia. Una respuesta a los más vulnerables que viven en pobreza, que son desplazados por conflictos políticos, económicos, sociales o religiosos.

A los 16 años me convertí en el director de la escuela donde comencé; y a los 18 años, mientras iba a la universidad, y debía despertar todos los días a 3:45 am para ir a estudiar y trabajar, no me faltaban las ganas de soñar. En ese momento, no podía imaginar que aquel joven que vendía películas en la calle junto a su mamá, que se disfrazaba de payaso para animar fiestas infantiles o que buscaba algunos tarantines en el basurero para formar la sala de su casa, hoy pueda estar inspirando a través del poder transformador de música.

Una de las veces que el maestro José Antonio Abreu, ganador de Polar Music Prize, fue a un ensayo de la orquesta de la que yo formaba parte, dentro de un estacionamiento, me invitó a tocar en unos talleres intensivos. Nos quedamos en un hotel en el que había mucha comida -recuerdo llamar a mi abuela para decirle que la mesa de dulce era más grande que la sala de nuestra casa-.

Cuando llegué al seminario me senté al lado de un chico. Emocionado le pregunté: "¿Qué vamos a tocar?". Me dijo: "Mahler 7". ¡Jamás había tocado esa sinfonía! Mi nivel musical era casi básico. Asustado, le sonreí, y me dijo: "No te preocupes solo toca en las partes que puedas", me las fue señalando. Años después compartí atril con una niña que me hizo la misma pregunta. Conociendo lo que sentía le dije: "Don Juan de Strauss, y no te preocupes, solo toca en estas partes". De eso se trata: de hacer la diferencia como docentes, valiéndonos de recordar de dónde venimos.

Esto lo viví en Groenlandia, a 700 kilómetros del Círculo Polar Ártico. Yo no hablaba inglés y jamás había visto la nieve. Comencé a trabajar en una ciudad que transformó mi vida: Uummannaq. Ahí viven solo 1.500 personas. Trabajé en un orfanato con chicos que venían de ser maltratados y abusados como consecuencia del alto índice de alcoholismo que existe allá. Ellos se convirtieron en mi familia: me enseñaron a ser mejor docente, estimularon mis

capacidades y habilidades, mejoraron mi didáctica de trabajo tras la barrera del lenguaje. Descubrí que lo que quería hacer el resto de mi vida era enseñar.

Tomar seis aviones, un helicóptero y un trineo con perros para enseñar dentro de la cultura Inuit, sin siquiera poder pronunciar una palabra en *kalleslesut*, solo me recordaba que venía de un modelo de enseñanza donde la estructura era adaptable y en constante crecimiento.

Tras crear la orquesta en Groenlandia, dentro del programa de la Casa de Niños de Uummannaq, me tocó visitar Suecia. En una de mis visitas quedé impresionado tras la cantidad de niños y jóvenes que estaban llegando solos a los países de Europa para solicitar asilo como refugiados. Y ahí, meses después, inicié la Orquesta de Sueños, que integra a la sociedad jóvenes refugiados de Siria, Afganistán, Albania, Eritrea, Irak, entre otros. ¿Mi objetivo?: lograr que mi *hello* pudiera cautivar su atención sin importar cómo sonara, pero respetando de dónde vienen, siendo un estudiante de mi propia clase y compartiendo valores para ser mejores ciudadanos. No es una tarea fácil. No es fácil cambiar el sonido de una bomba por los aplausos de un auditorio, ni el abrazo de felicidad de un concierto tras la pérdida de tu familia.

En los ensayos ellos comparten sus historias conmigo que, aun cuando nunca he vivido una guerra, siento de cerca sus relatos porque crecí en un contexto de emergencia. Las cosas que no conozco las investigo. Por eso fui a enseñar hace unos días a dos campamentos de refugiados en Grecia. Tengo que conocer el proceso por el que pasan mis estudiantes. Debemos poner el *focus* en los niños y en la educación, los adultos siempre creamos los problemas.

Antes de un recital, uno de los chicos de la orquesta me dice: "Profesor, estoy muy nervioso y emocionado por este concierto". Este chico había caminado kilómetros para salir de Siria rumbo a Turquía. Se había subido, luego de pagar a traficantes, a un improvisado bote de caucho junto a más de 40 personas para llegar a Grecia, dejando a su familia en Turquía. Cruzó las fronteras de más de ocho países, pasando frío y hambre, durmiendo en el suelo, para llegar a Suecia. Este niño de 14 años estaba nervioso por tener un concierto. ¡Es un niño igual que cualquier otro! El arte, en especial la música, es un canal flexible y adaptable a situaciones de emergencia: permite la expresión del ser humano y el desarrollo de su sensibilidad sin tener un lenguaje que lo límite.

Un docente hace la diferencia cuando decide que puede aportar algo a los alumnos; cuando se convierte en un canal de servicio, cuando su prioridad son las necesidades de los más jóvenes.

No se vayan a casa diciendo *bye* sin que sus estudiantes quieran volver a sus clases. Comiencen cada clase como si fuera única, apoyen sus culturas, sus raíces, pero enséñenles que existe la diversidad y el respeto; trabajen en equipo para que tus proyectos e ideas sean sostenibles y fuertes. Que jamás impere el sentido de la culpa por encima del sentido de la alegría.

La educación es un sendero que lleva a múltiples destinos, cuando en ese viaje lo acompaña la música, que alimenta el espíritu de nuestros niños, les estamos regalando a ellos

un futuro con un abanico de posibilidades infinitas. La música es salvadora en situaciones de guerra y es amor en tiempos de paz... y amor del más puro.

Dentro de El Sistema, dice el maestro Abreu, nosotros cantamos, tocamos y luchamos. Luchemos por los que más lo necesitan, por sus sueños y por su educación.

Muchas gracias a todos.